

y de decisiones, a una forma del reparto de la riqueza, a una devolución de la dignidad humana.

La abstención es una tentación fuerte para muchas personas de la izquierda. Pese a lo que se diga, la abstención no es un delito, ni es una falta de civismo: es una postura determinada que representa, también, un concepto en un momento determinado. Cuando no se sabe decidir, cuando no se sabe escoger, cuando las opciones no son satisfactorias, la abstención representa un estado de ánimo lícito. Es, también, una advertencia: a quien tiene el poder, a quien dirige los partidos. Se les está diciendo que no van por el camino que necesita la mayoría. Pero puede ser también un acto de soberbia o de egotismo. En estas elecciones determinadas, la abstención puede significar un triunfo de aquello que no quiere el hombre de izquierdas que se abstiene. Puede parecer como una sanción negativa al régimen de partidos, al sistema parlamentario, a la democracia en general: una adhesión al régimen anterior que negaba todos esos valores, y negaba también el del voto; y, cuando lo utilizaba, era canalizándolo en provecho propio, manipulándolo y forzándolo —y, en aquellas ocasiones, las abstenciones tenían un sentido positivo—.

Votamos en esta fecha algo más que lo que la superficie nos ofrece: votamos algo más que representantes en el Parlamento. Estamos votando en favor de la democracia y frente a los enemigos de la democracia. Está amenazada en el mundo, está amenazada en España. El simple hecho de que en un breve período hayamos tenido que acudir cuatro veces a las urnas —y una más el próximo 3 de abril— con el mismo estado de ánimo es muy significativo. Acudimos a las urnas como a una barricada: en defensa propia. No es así como deben funcionar unas elecciones legislativas. No se debe votar siempre en el sentido de la defensa propia, ni mucho menos para oponerse a otros: se debe votar para construir, para estar representados en las mejores condiciones en el Parlamento y para que una democracia en marcha trabaje limpiamente en favor de las mejores opciones. Esta reducción al estado de defensa nos recuerda que estamos todavía en una situación irregular, que las estructuras del fascismo están demasiado fuertes y demasiado activas en la vida política nacional, y se manifiestan con la fuerza y con el disfraz, con las tentativas de interrupción de este proceso y con las de continuarlo por otros medios.

No podemos buscar, todavía, otro sentido al acto de votar, realizado desde la izquierda. Requiere una cierta humildad, requiere a veces una abstracción de la conciencia personal. Debemos acudir más a una vieja sabiduría y a una experiencia dolorosa que a un atractivo inmediato. Lo que se juega —una vez más— es esto: tratar de prolongar la vía de la democracia hacia una situación óptima, o caer de nuevo en formas de dictadura, visible o disfrazada. Puede ser que más tarde tengamos la ocasión de proyectarnos de otra forma. Pero no habrá ese "más tarde" si no llevamos adelante estas elecciones que quizá no den a la izquierda la posibilidad de gobernar en lo inmediato, pero que pueden ayudarle a construir una oposición sólida que frene y contenga todas las formas de dictadura que se nos pretenden imponer, y que fuercen soluciones más justas para la amplia crisis nacional. ■

RAMON

HA SIDO
UNA CAMPAÑA
ELECTORAL DE
"GUANTE BLANCO"



SI...



SE CONOCE
QUE NO QUERIAN
DEJAR HUELLAS

